

EL MOTÍN

Año XXXVI.

Madrid, Jueves 24 Agosto 1916.

Número 34.

RECORDATORIO

Ayer, domingo, hizo tres años que murió Sol y Ortega y dos que murió Estévez, ambos entristecidos y amargados por la marcha suicida que desde hace tantos años sigue el partido republicano.

De lo que ambos fueron, hicieron é intentaron, no hay para qué hablar: bástenos reconocer que sus propósitos fueron dignos del que en algún tiempo se llamó con justicia el *gran* partido republicano.

Dediquemos un recuerdo cariñoso á esos dos muertos, tanto más intenso cuanto que los republicanos de talla vivos rehuyen modestamente toda ocasión de realizar actos que reclamen alabanzas.

Y confiemos en que el 20 de Agosto del año próximo, siguiendo como vamos, estaremos más decaídos, más impotentes y más avergonzados que hoy, si no hacemos dentro del partido la revolución que se nos impone forzosamente realizar, si aspiramos á que España empiece á sospechar que podemos algún día intentar la otra, la nacional, la que ha de salvarla.

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA

El haberse librado de la obligación de asistir á las Cortes, deja al Sr. Azcárate bastante tiempo libre para dedicarse á escribir artículos, que publica en *El Liberal*, acerca de los abusos y transgresiones de ley que en España se cometen. Y son tan notables los artículos, que debemos felicitarlos de que fuese derrotado en las elecciones últimas como diputado y senador, puesto que á esta feliz circunstancia debemos el que haya emprendido una campaña merecedora de las mayores alabanzas.

Hace pocos días publicó un artículo titulado *La estadística y la prevaricación*, que si al acabar de leerlo me encuentro en fondos, tomo inmediatamente el tren y me voy al extranjero, por no vivir ni una hora más en un país donde el organismo judicial, el administrativo y el contencioso-administrativo funcionan del modo que él afirma. ¡Qué cuadro, caballeros, qué cuadro de ilegalidades é injusticias el que pintaba! Traía á la memoria aquella célebre frase de que España es un presidio suelto.

El escrito empezaba diciendo:

«Desgraciadamente, está reducido todo

á que aquí, donde se cuentan por centenares los jueces y magistrados, por millares los funcionarios públicos y por millares de millares las sentencias de los jueces municipales, sólo se penaron en el año 1915 veintisiete delitos de prevaricación, «¡¡veintisiete!!»

Y después de aducir irrefutables argumentos para demostrar lo que afirmaba, concluía de esta manera:

«Si se constituyera una vasta asociación, con personas de todos los partidos, que se propusiera exclusivamente hacer todo lo preciso para que no sean letra muerta los artículos del Código Penal que castiga la prevaricación, muchos de los males que lamentamos, y seguramente los más insoportables, dejarían de producirse mediante la sustitución de la odiosa arbitrariedad por el sereno y augusto imperio de la ley.»

Mis elogios más entusiastas al señor Azcárate por haber señalado con tanta valentía y precisión la causa principal de todos los males que España sufre: la mala aplicación de las leyes por todos los organismos creados para hacer justicia.

Lástima grande que el Sr. Azcárate, en los treinta y tantos años que ha ejercido de parlamentario, no se dedicara con la asiduidad de ahora á combatir en el Congreso ese mal. En ninguna otra parte hubiera podido reunir ese núcleo de hombres de todos los partidos que ahora pide para extirparlo.

¿Si me saldré al fin con la mía, al sostener que el ambiente parlamentario viene desde hace años ahogando iniciativas salvadoras, desmalazando voluntades firmes, afeminando caracteres enérgicos, esclavizando independencias indomables?

Van siendo tantos ya los casos en que, al quedarse sin acta, un individuo se siente súbitamente atacado del deseo de decir la verdad, que habría que ir pensando en si convendría privar de ella á todos los que, mientras la usufructúan, no se preocupan apenas de la triste situación que España atraviesa.

El despecho lleva muchas veces al hombre á realizar actos que no logró inspirarle el sencillez cumplimiento del deber.

JOSÉ NAKENS

El crimen de Logrosán en Benavente

Boceto de homilía para predicar en la parroquia de Benavente

Hæc omnia tibi dabo...

Amados hijos y hermanos: Todos sabéis lo que ha dicho en el Concejo el

concejal Joaquín Ramos, y publicado en sus columnas el periódico local *Patria Chica*, á propósito del luctuoso crimen de Logrosán. Ese feligrés político, anticipándose á las iniciativas del clero, toma pretexto de ser el obispo de Plasencia natural de esta villa para invitarnos á daros por agraviados en lo que EL MOTÍN ha dicho del Prelado, en relación con aquella tragedia.

EL MOTÍN pone cierto empeño en difundir la idea de que aquel crimen se hubiese evitado por una sabia previsión del obispo, é invítalo á expiar esta supuesta falta de previsión, con el voto de penitencia perpetua en el mismo Logrosán.

El concejal, al contrario, niega *a priori* la posibilidad de culpa del obispo y acude con el botafumeiro de la lisonja, exhortando á los feligreses á recibir como propias las supuestas injurias á nuestro excelso paisano.

En esta colisión, hijos míos, es deber del párroco ilustrar vuestras conciencias para salvarlas de la perversidad. Si faltó ó no el obispo, Dios es juez. Pecó Adán, salido de las manos de Dios; pecó Salomón, con su sabiduría; David, con su santidad; San Pedro, con ser la piedra de la Iglesia; peca el justo siete veces al día, y esto es de fe. Y si el obispo ó sus aduladores dijeron que no peca, oíd á San Juan: «ese tal miente, y con sólo eso atestigua su pecado al negarlo». El que hable de impecabilidad, hereje es, hipócrita es, adulador es y digno del fuego eterno...

Mas, cuando fuese cierta la inefable inocencia de nuestro excelso paisano, y cuando EL MOTÍN fuese la encarnación de aquellos sayones que fueron á prender á Jesús en, el Huerto de los Olivos, yo, en representación suya, diría á ese iracundo concejal: «Simón... Simón... En vaina tu sable... Deja á los sayones cumplir el Decreto eterno, y no olvides que el que á hierro mata á hierro muere.»

Indudablemente, don Angel Regueras goza entre los hombres de fama de virtud y de saber. ¡Ojalá sea justa esta fama á los ojos del Altísimo, único Juez de la virtud de las almas y escudriñador único de los espíritus. Pues de no serlo, esta fama gozada en la tierra al morir le sería reprochada en el tribunal divino, como pago anticipado del bien que hubiese hecho, diciéndosele: «Ya cobraste tu jornal por las obras buenas; restan ahora las malas.»

Ojalá sea justa á los ojos de Cristo, único tasador de la santidad, que dejó dicho: «Si de Mí, leño verde é inocentísimo el mundo habla mal, ¿qué dirá de vosotros, leños viejos y carcomidos de las humanas miserias? No, hijos míos; no sois vosotros, ni soy yo quien debe erigirse en juez del obispo para decidir que es justo y santo: ni es el Concejo de Benavente el nombrado por el Papa como *Congregación de obispos* para examinarlos. Dejad á Dios y á la Congregación tal juicio, y responded á los concejales!

¿quiénes sois vosotros para otorgar patentes de impecabilidad?

—¡Somos paisanos!—contestan. Mas á esto cabe responder:

—Necios de necios: ¿no habéis leído en el Evangelio «nadie es profeta en su tierra»? «El pueblo apedrea á los verdaderos profetas, y sólo á los impostores exalta». Si esto no leísteis ¡cuán ignorantes sois! y si lo leísteis, temerarios sois en provocar el juicio cristiano á decir: «ó el profeta que vosotros aclamáis es falso, ó vuestras aclamaciones fingidas son pedradas de habilidoso político.» Pues el señor Regueras sabe muy bien que siendo realmente profeta, sólo pedradas puede esperar de su patria grande ó chica; pedradas brutales ó florentinas; pedradas visibles en forma de ataques, ó pedradas hipócritas en forma de defensas. Pues sabe también, que no es el peor el sayón que abofetea y azota á Jesús en el rostro; sino el discípulo que come á su lado y le besa y le traiciona.

Mas, fijáos, hijos míos, en la sustancia de los hechos. EL MOTIN, según me dicen, pues yo no lo leo por carecer de licencia pontificia para libros prohibidos, —ha aconsejado al Sr. Reguera que, á causa del crimen de Logrosán, inocente ó culpable, y cuanto más inocente mejor, renuncie la mitra, haga voto de anacoreta en Logrosán y allí acabe sus días en hábito penitente.

Contra este consejo sale airado el concejal, llamándolos «ecos siniestros» «agravios é injurias», es decir, dándole el consejo contrario, de ascender en la carrera, de llegar á las cumbres de la Iglesia y de la fortuna...

He aquí, hijos míos, por donde nos sale al paso el trance aquel de la vida de Jesús, en que el divino espíritu le aconseja el ayuno austero, la pobreza y miseria, el desprecio del mundo y de sus pompas y vanidades, y le señala el camino del Calvario con la cruz viuda esperándola de consorte. Entre la flaqueza de la carne y el horror instintivo al sufrimiento, sale el Diablo á tentar al maestro, llevándole á la cumbre del monte de la humana grandeza y de la gloria, riqueza y poder, diciéndole: «todo esto te dará, si me adoras como Dios tuyo y maestro tuyo.»

He aquí, hijos míos, las dos voces: de Dios y del mundo, descritas por el Evangelio. ¿Cuál de ellas parece ser el consejo de EL MOTIN? ¿De cuál de las dos parece eco la voz del concejal? Sin duda, hijos míos, nuestro virtuoso y cristianísimo paisano, ha escuchado como Jesús, como San Pablo y como todos los santos, la voz de Dios que le dice «al Calvario», y la voz de Satanás que le dice «á buscar fortuna». Quizás él después de oír uno y otro consejo, diga á EL MOTIN: «Eres diablo, pero hablas como un ángel. También profetizaron muchos gentiles, en tanto que enmudecían los creyentes... El consejo es sano... ¡pero es tan difícil! El espíritu lo apetece, la carne lo repugna... Si es posible pase de largo ese cáliz de amarga privación...»

Y quizás se haya dicho al leer la lisonja del concejal:

—¡Yal! ¡Yal!... Ya te entiendo. Gloria, Riquiza, Poder... ¿y después?... ¿A cuántos obispos sacarán del infierno los concejales?...

Réstame, hijos míos, desvaneceros la tentación de la vanagloria de la villa de Benavente, con que pretende cegaros el concejal. Sí; á los políticos especuladores de la religión y de la villa, les con-

viene más un obispo cardenal que un anacoreta. Aquél puede dar títulos, puede intrigar, puede favorecer las ambiciones terrenales ante los poderosos de la tierra. Al concejal puede hacer diputado, al juez magistrado, libre al preso, preso al libre; puede absolver á los Barrabás y crucificar á los Cristos. Los que eso busquen, eso pidan.

Mas yo, pastor de las almas, guía vuestro para el camino del cielo y no para el merodeo mundano, os digo: «Cuanto más que un obispo y que un Papa, podría ser útil á Benavente un anacoreta cual lo pregona EL MOTIN, cuyas penitencias y oraciones atrajesen las bendiciones de Dios sobre la villa, la santidad á las almas, la caridad apagando odios, el amor arrojando distancias, el remordimiento de ladrones, usureros y caciques, la conversión de tiranos, la paz entre todos en la tierra, la justicia, la administración recta, el buen sentido á los locos... y de rechazo, arrancase la careta á los hipócritas, descubriese á los farsantes, y como añadidura á la justicia de Dios, única cosa necesaria, librarse de langosta los campos, de fatuidad á los periódicos, de defraudadores los ayuntamientos, de idiotas y de necios el cuerpo electoral, de camarillas á los obispos, de avaricia al clero y de hipocresías la santa casa de Dios.»

Esto, hijos míos, pidamos al cielo. Si es designio del eterno que nuestro obispo sea anacoreta, los diablos políticos dirán apesadumbrados:—¡Un obispo menos!—Los ángeles del cielo cantarán regocijados:

—Un santo más.

Santo que un día la Iglesia elevará á los altares y que en el cielo eterno será el intercesor poderoso de la villa de Benavente. Gracia que os deseo á todos y á mí. AMÉN.

El cual boceto de sermón, EL MOTIN somete á la censura eclesiástica, en especial á la del obispo de Plasencia, dispuesto á corregir y rectificar todo error de filosofía, de moral, de teología ó de mística, que hubiese podido deslizarse. Y si por acaso la doctrina expuesta fuese declarada acertada, verdadera y santa, con lógica perfecta EL MOTIN declara contraria que pudiese predicarse en el púlpito de Benavente ó en cualquiera otro.

DESAPARICIONES... Y APARICIONES

«Los que desaparecen» es el tema de moda en la Prensa madrileña de este verano, sobre cuya campaña *La Epoca* ha cerrado con esta bomba final:

«Según los datos publicados por el Instituto Geográfico y Estadístico, sobre el Censo de población de España en un año, aparecen 3.645.408 varones casados y 3.738.076 hembras casadas.

»Y si Pitágoras no es un embustero, como dicen en la popular zarzuela, resulta que hay 92.668 maridos de quienes no se sabe nada; y si no se sabe de ellos, es que han desaparecido.

»Total, que en un año han hecho *mutis* 92.668 casados. Y añadiendo á ellos los viudos, solteros, mujeres, niños y mi-

litares sin graduación, puede dar muy bien la cifra redonda de 93.000 desaparecidos. ¡Una pequeñez!»

Como se ve, la lista del Instituto es larga. Aún diríamos que detrás de ella debiera anotarse la «desaparición del Instituto Estadístico», pues para aparecer según ahí aparece, más valiera desaparecer, como no sea que entre las casadas hubo 92 mil que se casaron con dos maridos á la vez, en cuyo caso aparecerían los cuernos supliendo á los individuos.

Consolémonos de estas y otras desapariciones terrenales, con las apariciones celestiales. En Italia, hace algún tiempo aparecen Vírgenes á los pastores. Pío X ha aparecido en muchas partes. Otros santos de otros siglos se pasan el tiempo apareciendo. Sólo el diablo anda algo moroso en esa su antigua afición.

Más importante que «Los que desaparecen» es «Lo que desaparece... ó no parece.»

La capa de los españoles, por ejemplo.

La vergüenza en los gobernados.
La justicia en los administradores.
Los grandes ladrones.
Los obispos simoniacos.
Los frailes inverecundos.
Los millones defraudados.

El sentido común de los republicanos.

La brújula del buen gobierno.
El remedio de los males nacionales.
La saciedad de la Iglesia en acaparar.

... El lector puede proseguir la lista hasta la cifra de 93 mil, seguro de no dar con todos los nombres.

Peor es todavía «los que aparecen» y «lo que aparece» por ensalmo y arte de brujería.

Templos en cada esquina.
Conventos en cada calle.
Jesuitas hasta en la sopa.
Denuncias las más arbitrarias.
Defensas sociales y clericales.
Juntas de Damas para moralizar á los demás, que no soportan ser moralizadas.
Fiscales que debieran ser fiscalizados.

Monárquicos de empleo y de oficio.
Diputados y senadores monosilábicos.

La peste bubónica.
Mendigos piojosos.
Hambrientos resignados.
Víctimas que no se quejan.

Y otra lista de 93 mil plagas sociales, domésticas é individuales, que hacen de España un presidio, un manicomio, un convento, un asilo, un hospital, un cementerio y un estercolero.

R. M.

Iglesia incendiada

A las once de la noche del día 17 incendiáronse con una vela las ropas del altar de la iglesia parroquial de Cheste.

Corrióse el fuego á varias naves y fueron carbonizadas algunas imágenes valiosas, entre ellas la de San Antonio y la llamada Virgen de Agosto.

Por más esfuerzos que hicieron para atajar el incendio los vecinos y los del inmediato pueblo de Chiva, no pudo ser extinguido hasta las tres. Las pérdidas se calculan en unos veinte mil duros.

Creo que tengo derecho á que se me crea si digo que me hubiera producido más pena el incendio de una modesta barraca levantada á fuerza de trabajos y fatigas por un pobre labriego, doblemente si perece en ella una criatura de carne y hueso. Y me hubiese producido más pena, entre otras razones, porque no habría podido volver á levantarla.

Pero no vaya á suponerse por esto que digo, que me alegro de que se hayan quemado las imágenes, entre las cuales quizá hubiera alguna muy milagrosa; no. Ni me alegro ni lo siento: me tiene sin cuidado desde mi punto de vista en materia religiosa. Y si por desgracia fuera católico, me consolaría pensando en que nada ocurre en el mundo sin permiso divina.

Hay además esta otra razón para que no me entristezca: la seguridad que tengo de que en breve *apocinarán* los piadosos vecinos, ayudados por los de los pueblos comarcas, los 20.000 duros necesarios para que las cosas vuelvan al ser y estado que tenían antes del día 17.

Y comenzarán las obras de reparación; y los albañiles tendrán trabajo; y los trafantes de imágenes venderán algunas. Y una vez las obras terminadas, habrá bendición del templo; y fiestas religiosas á las que acaso concurra el señor obispo de las diócesis, que de paso podrá confirmar á los niños que no hayan recibido ese sacramento indispensable para salvarse; y músicas y cohetes; y jolgorio y alegría por lo tanto.

Y, en fin, que casi siento no ser católico y vecino de Cheste, para disfrutar algún día de las dulces satisfacciones que les esperan al ver reconstruida su iglesia y nuevas imágenes en los altares, gracias á la caridad inagotable que brota de los corazones cuando de asuntos religiosos se trata.

Una advertencia me permite hacerles para cuando hayan remediado los males causados por el incendio: que encarguen al sacristán y los monaguillos que procuren colocar las velas en los candeleros de tal modo, que hagan imposible otra catástrofe parecida; pues ya han podido conven-

cerse de que los paños de los altares arden como otra tela cualquiera, la de las bambalinas de los teatros, inclusive, siempre que se ponen en contacto con el fuego.

Y de los escarmentados, como dice el adagio, nacen (ó deben nacer por lo menos) los avisados.

RETAZO

Los que vinieron al mundo llena la mente de altas ideas y el corazón de generosos sentimientos, si en los azares de la vida no llegaron á claudicar, no podrán lisonjearse, al alcanzar la madurez, de haber hecho gran carrera. Una vez de privaciones les aguarda tras largos años de labor y pobreza. Más de una vez en el curso de la trabajosa jornada se habrán sentido desfallecer. Más de una vez habrá amargado sus almas el espectáculo de la iniquidad. Más de una vez habrán visto prodigado á otros por el favor lo que á ellos les debía la justicia. Más de una vez les habrá causado repugnancia y escándalo la contemplación de las grandes nulidades enaltecidas, de las grandes iniquidades recompensadas. Más de una vez se habrá quebrantado su entereza viendo á los seres queridos participar de su infortunio. ¿Qué importa? Ellos han sentido, han amado, han gozado las satisfacciones del espíritu, han experimentado la sublime embriaguez del ideal, han hecho su deber, han disfrutado el deleite supremo del sacrificio, y no experimentan envidia, sino lástima, por esas pobres naturalezas de los seres *positivos*, incapaces de elevarse un punto sobre la esfera de los placeres de la humana animalidad. Cuando llegue la hora de partir, pueden afirmar con entera razón que han vivido.

ALFREDO CALDERÓN

¡POR FIN!

El martes por la mañana envió por los libros el *desconocido* de quien hablé en el número anterior.

En compensación de la tardanza, vino á visitarme en su nombre la persona por él más querida. Doble motivo de gratitud.

Sigo ignorando quién es, y no me cuido de averiguarlo: me basta saber que es uno de los muchos que comienzan á sentir náuseas al ver los groseros y burdos procedimientos de atraco y timo á que apela ya la gente clerical para dejar en cueros al buen creyente. ¿Qué digo al buen creyente? Al neutral en religión. ¿Qué al neutral? Al impío más acreditado.

Y voy á recordar un incidente á propósito de esta última afirmación.

Llegó una mañana á la imprenta de la Plaza del Dos de Mayo la Superiora del *Asilo de ancianos* situado en la calle de Almagro á preguntar si podían hacerle un trabajo de poca importancia por amor de Dios.

—¿Usted sabe que esta es la imprenta de EL MOTIN?, le pregunté.

—¿Y eso qué importa, me respondió, para hacer una obra de caridad?

—Me felicito de oírle á usted hablar de ese modo, porque esto me anima para pedirle á mi vez un favor. El que influya para que admitan en el Asilo á un desventurado protestante que,

No me dejó proseguir:

—¡Protestante!, exclamó indignada de mi pretensión. Si fuera católico...

Me sonreí, y le pregunté tomando el original que en la mano tenía:

—¿Para cuándo necesita usted los 500 ejemplares del prospecto?

—Para mañana por la tarde.

—Al medio día los tendrá usted.

Me dió las gracias con mucha amabilidad y se despidió con un: «¡Dios se lo pague á usted!»

Mas volvamos al tema.

Sí; hay muchas personas que, aun siendo católicas, están escandalizadas ya de ese desenfreno en el pedir, sin reparar en circunstancias ni en medios, y lo mismo en el templo, que en la calle, que á domicilio. No pasa día sin inventar un nuevo pretexto para establecer á perpetuidad otra soca-laña.

Seguramente hay millares de familias perturbadas hondamente en su marcha administrativa, por no poder cerrar esa sangría suelta que en su bolsillo ha abierto la insaciable avaricia de los que viven á la sombra de la Iglesia; y no faltará quien entre sus oraciones intercale este párrafo:

«¡Haced, Señor, que soplen pronto vientos revolucionarios que barran de esta desventurada nación á los frailes y jesuitas que nos hacen comprar la salvación eterna con el pan de nuestros hijos!»

Me congratularía muchísimo ver cuanto antes cumplido tan justo deseo, si bien debo advertir que no confío mucho en que los revolucionarios al uso nos libran de la langosta encapuchada y fajada; hay entre ellos muchos que creerían comprometer esa salvación eterna si imitasen á Mendizábal.

En cambio, antójase que el Pueblo, una vez desatados los vientos revolucionarios, apelaría á los procedimientos que ensayó modestamente en Barcelona allá por Julio de 1909, ampliándolos y perfeccionándolos, y de este modo se verían libres las familias católicas del saqueo constante á que las tienen sometidas los que se alaban de despreciar los bienes terrenales.

Y termino dando nuevamente las gracias, por su acto inusitado, al *desconocido* que me ha dado pretexto para escribir estas líneas.

CIEN SONETOS.

JOSÉ MAKENS

1 PESETA

LIBROS REFLECTORES

Tres libros me llegan juntitos á la mesa de estudio con esta nota de la Dirección: «ojea estos libros por si dicen algo».

Sí, dirán algo—me dije para mi capote.—Dirán mucho, seguramente, porque son muy pequeños. Es cosa observada: el libro grueso trae mucho papel, y fuera de él y de la tinta, queda en nada. En cambio esos libritos pequeños, esos folletitos suelen traérselas.

No mintió el pronóstico.

Libro número 1. *España sin pecho*, de José de Echevarría Rotaache. Folleto de 40 páginas. Es un folleto-revólver. Sesenta disparos por minuto. Cada fogonazo es un relámpago sobre los centros del chanchullo oficial de España. El relámpago de mayor duración, describe el panorama de nuestra beatífica Trasatlántica, la del beatífico Comillas, la de los dulcísimos apóstoles del Corazón de Jesús, llamados también jesuitas, la que subvenciona todas las Defensas Sociales y chupa diez millonajes del Estado.

¡Primoroso disparo!... ¡Superior!...

El que le siguió en orden de duración cae sobre las minas de Almadén y... dictamen para la Dirección: «Este folleto merece ser divulgado, copiando los más de sus capítulos fulminantes.»

2.º *Catecismo de la Doctrina Cervantiana*, por el coronel Baldomero Villegas. Entre otras mil cosas curiosas, describe la vida oficial de una aldea española. «Dos obras de Beneficencia, una de dieciocho millones de reales, á disposición del clero desde 1871; otra de doce millones, bajo la mano del cacique liberal...» Las escuelas sin maestros titulares, la beneficencia un escarnio, allí no rigen las leyes, el diputado amparando el chanchullo, los gobiernos amparando al diputado, el Parlamento amparando los gobiernos...

3.º De Bernardino Martín Minguez, varios trabajos minúsculos; cargados de *martinita*, sustancia experimentada durante largos años en los centros académicos. Proyecta sus luces sobre «la camarilla histórica, filológica oficial... que mata en España la historia, la filología y la literatura...» Nos presenta á tertulia á los jurisconsultos Eduardo Hinojosa y Ramón Menéndez Pidal, que no conocen el latín... al igual de los catedráticos de Arqueología, Numismática y Taquigrafía de las Universidades, ¡y académicos!, —pone entre admirativos el autor—y uno de ellos consejero de Instrucción pública.» ¡Aprieta!...

¡Vaya si aprieta este ciudadano!

Dígalo Menéndez Pelayo, á quien nos deja ahorcado por la crítica implacable, que reduce á titiritero de la

intelectualidad al prosoposeyesco «maestro»... ¿Qué serán las *salpicaduras* de este terrible iconoclasta? No las he visto. Cuestan seis pesetas. Señores de Reus, editores: mandenme un ejemplar, pues la guerra me impide comprar el libro. Mandenmelo, pues debe ser de oro.

Estoy de enhorabuena. He hojeado tres grandes libros de muy cortas páginas. Al revés de lo que suele ocurrir el resto del año.

Martín Minguez reduce á polvo las figuras monumentales de nuestra ciencia oficial. Villegas pone espanto á los escarabajos de la vida oficial campesina. Echevarría da una carga general al sistema vigente.

El adorador del «Quijote», escribe: «Y dándome vergüenza vivir en un pueblo así y no pareciéndome digno ni decente sufrir ni sortear tantos escándalos...»

Echevarría, por su parte, escribe: «He creído siempre y ahora más que nunca, que nuestros representantes en Cortes no son otra cosa que una cuadrilla de delincuentes, cómplices y encubridores...» Martín Minguez escribe: «Es vergonzoso, es irritante... la cuadrilla de académicos...»

Todo lo cual ocurre en la nación católica en el año de gracia en que se proclama el reinado del Corazón de Jesús.

A lo cual, si añadimos que Azcárate predica una cruzada para batir la prevaricación de la Justicia, el cuadro será completo...

Pero... callemos. Echevarría calló algún tiempo. «Tuve miedo—dice no de las personas de los canallas asesinos de mi patria, sino del ambiente de abyecta corrupción y de repugnante cinismo que reinaba soberano en aquel infame pudridero.»

Callemos y desmintamos á Echevarría. En España no reina soberano el cinismo y la corrupción. ¡Es falso! Reinan el jesuitismo y la piedad en todas partes. Incluso en el liberalismo, en el republicanismo, en el ateísmo y en el anticlericalismo. En las derechas y en las izquierdas.

Esos libros reflectores de luz eléctrica sobre el gran templo nacional, deben apagarse: son anticanónicos. Aquí no hay más luz que la que arde: el cirio del altar y la lámpara del santuario, que no ofenden á las musarañas y cucarachas. ¡Fe y fe! Creer y pagar, y déjennos en paz esos apóstoles de la rebeldía.

R. MAYOL

PROFETA MODESTO

En el número de EL MOTIN correspondiente al 21 de Octubre de 1899 publiqué el siguiente artículo bajo el título *Fraternidad cristiana*:

«Si un día Europa entera se liase á cintarazos, contaría desde luego, con sol-

dados 5.250.000, que amplía hasta 44.250.000 si la guerra durase. Y para dejar la civilización bien puesta, emplearía fusiles que alcanzan 3.500 metros de distancia, pudiendo la bala atravesar los huesos de un buey después de haber atravesado cinco hombres; cañones quince veces más poderosos que los que se utilizaron en la horrible guerra franco-prusiana, con los que puede destruirse totalmente un cuerpo de 10.000 hombres antes de que haya recorrido 2.000 metros en dirección de una posición fortificada, bajo 1.450 cañonazos que producen 275.000 balas y explosiones. Y como contraste, para esterilizar los mortíferos efectos de las máquinas de guerra, reflectores de radiaciones eléctricas paralelas que abrasan una fortaleza y una escuadra.

Todas las naciones que disponen de tan humanitarios medios para manifestar su amor al prójimo, creen en la religión de Cristo, ya como católicas, ya como protestantes, ya como cismáticas.

La religión de Cristo es, según dicen, de paz y amor.

¡Ateme usted esta mosca por el rabo!»

Reconozco que fui mal profeta, pues no preví que en el aire y bajo las aguas se cometerían los horrores que están ocurriendo.

La imaginación del hombre hecho á imagen de Dios es inagotable en la invención de aparatos para mandar al prójimo al Infierno.

Infierno que seguramente parecerá casi un lugar de delicias á los que vayan á él después de un día entero de cañoneo, bombas de mano de gases asfixiantes.

Una cosa es predicar...

—Ya sabe usted, Otilia, que hoy es día de ayuno y de vigilia por ser mañana la Asunción de Nuestra Señora.

—Lo ignoraba, doña Emilia.

—Pues eso me demuestra que no debe de haber en su familia ningún cura.

—Así es. Ni como muestra tenemos uno, gracias sean dadas al Señor.

—Es verdad. ¡Bien desgraciadas somos las que tenemos algún tío cura!

—(¡Ja, ja!) Perdóneme si me río; pero el llamarle tío á un sacerdote, vamos, es una cosa que á él le parecerá pecaminosa...

—Tratándose de un mote, claro que sí; mas siendo tío mío...

—Justo. ¡Buena sobrina te dé Dios! ¡Si sabré yo la combina que os traéis!

—¿Dice usted?

—No digo nada.

—Pues sí, hija, sí: yo soy muy desgraciada, porque eso (el ayuno y la abstinencia) será para él un caso de conciencia. Mas para mí, que estoy embarazada de ocho meses y á punto, como quien dice, de salir del paso... Si alzara la cabeza mi difunto, ¿qué diría?

—Y usted, ¿por qué hace caso de su tío?

—¡Ay, Otilia! Porque él es el sostén de mi familia, y el padre de mis hijos... El segundo: pues al irse el primero al otro mundo, le prometió mi tío hacer sus veces. ¡Y en verdad que las hace!

—(Si: con creces.)

—¿Cómo?

El Kaiser y su hijo en la gran batalla, vistos por un holandés



El hijo: "Necesitamos elevar más la pirámide para divisar desde aquí a Verdun."

(Raemaekers)

—Que yo en su caso, doña Emilia, si el comer de vigilia no me sentaba bien, con el debido respeto le diría á mi pariente, clara y redondamente, que por nada del mundo renunciaría al inefable goce—material, ya lo sé, pero inocente—que nos produce el clásico cocido...

—¡Ay, cómo se conoce que no conoce usted á don Facundo, ni sabe lo violento y lo iracundo que se pone conmigo á la mas leve contradicción! La fiera corrupta es, á su lado, una cordera.

—Pues ahí está la madre del cordero. ¡Rebéllese usted!

—Sí, sí; ¡cualquiera, cuando el león está con calentura, se insolenta ni atreve con él!

—Se me figura que exagera usted algo.

—No exagero. D. Facundo es un tigre carnívoro.

—¡Bah! No tanto. Es... un cura. Y no es tan fiero, como le pintan, el león.

—Quisiera que un día usted le viera con la basca. ¡Ay, Otilia! Le digo que es peor que una pantera, que un chacal...

—En resumen, doña Emilia; que hoy comerán ustedes de vigilia.

—Mis hijos y yo, sí.

—¿Y él, no?

—Mi tío come de carne.

—¿Quién me compra un lio?

—Todo tiene en el mundo su explicación.

—Veamos.

—Don Facundo profesa un santo horror á las verduras.

—Casi á todos los curas les ocurre lo mismo, según cuentan sus sobrinas...

—Y así, como le sientan mal, no ha entrado jamás en sus costumbres el comer hortalizas ni legumbres.

—Y ustedes, si revientan, ¡que revienten! Muy bien.

—¡Eso es lo triste, lo espantable, lo atroz de nuestro caso!

—Pues, lo que es á ese paso, los veo á ustedes ya comer alpiste...

—Pero, ¿quién se resiste contra lo que él dispone si, según ya «la» ha dicho, se me pone como una fiera á la menor palabra que le dirija «en son de desafío», cual él dice?

—Yo creo que ese tío... de usted está más loco que una cabra.

—No, hija; está en sus cabales. Pero, ¡claro!, como él es el apoyo y el amparo de mis hijos y, en vista de ello, nos trata sin ningún reparo, ¿qué hemos de hacer? Callar. Quien manda, manda... y cartuchera en el cañón.

—¡Anda, anda! Pues yo, antes que aguantar á un egoísta y á un avasallador de ese calibre, le dejaba por puerta...

—¡Dios nos libre! ¿Qué haría yo sin el segundo padre de mis hijos, y próxima á se madre por sexta vez, Otilia? Tengo que obedecer, mal que me cuadre.

—Pues nada, en ese caso, doña Emilia, ¡no hay sino apechugar con la vigilia!

CARLOS MIRANDA

El Liberal.

Mandas á los confesores

Según el olvido en que han caído, parece que no son ya leyes españolas la 15, del título 20, libro 10 de la *Novísima Recopilación* y el real decreto de 30 de Mayo de 1820, en que se declaran nulas las mandas ó legados hechos en la última enfermedad al confesor, sea clérigo

ó religioso, ó á deudo suyo ó á su iglesia.

Y, sin embargo, esta es la legislación vigente, que no sabemos por qué ha de ser desatendida en los actuales tiempos de desamortización y renacimiento de la vida civil, cuando monarcas españoles que vivieron en épocas de gran fervor religioso la creyeron necesaria para atajar funestas costumbres.

Hora es de llamar la atención de todas las personas interesadas en que no volvamos á caer en la absorción de la vida social por el poder eclesiástico, y particularmente de los depositarios de la fe pública, para que no autoricen lo que está prohibido por disposiciones expresas y terminantes de nuestra legislación y fuera de los cánones de la moderna cultura. No se comprende que se continúe con tanta insistencia y tan repetidamente el abuso en que nos ocupamos—y de que son muchísimos los casos, responden los innumerables testamentos que hemos visto,—cuando el notario que autoriza semejantes disposiciones, incurre, por la primera vez, en pena de 200 escudos y suspensión de oficio por dos años, y á la segunda en doble multa y privación de oficio; y cada uno de los testigos instrumentales, en las de 200 ducados.

Acreditados autores, que trataron esta materia ya antes de la publicación de la citada real cédula, fundados en nuestras leyes, opinaban resueltamente que el confesor que asiste al testador en su última enfermedad no puede heredarle ni *haber manda*, ni otra cosa suya, como tampoco su iglesia ó convento, ni vale lo que estando enfermo el testador le deja.

Pues bien; á pesar de todo, estas disposiciones son en la práctica letra muerta en la mayor parte de nuestras poblaciones ó comarcas rurales.

Esto no puede ni debe continuar así. Revistanse de energía los notarios para resistir la presión del *medio ambiente*, y no vacilen en hacer cuanto en su mano esté para que las previsoras leyes citadas sean rigurosamente cumplidas. Téngase el valor de San Jerónimo, que dió el grito de alarma contra los clérigos que se dedican especialmente á frecuentar el trato «de las mujeres ancianas y sin hijos». Cúmplase la ley de monarcas católicos, que ley es al cabo y faltará al primer deber de todo ciudadano quien la infrinja.

Creemos prestar un servicio público de interés recordando las mentadas leyes é induciendo á todos á que las cumplan.

Los últimos momentos

¡Pobre anciano! Sin nadie en el mundo, se encuentra casi abandonado en su lecho de muerte, asistido por personas mercenarias que no tratan más que de ganar sus honorarios de la peor manera posible y hacerse *dueños* de cuanto pueden... de la misma manera. No le acobarda al infeliz viejo la muerte, pero le intimida la horrible soledad en que se halla en medio de aquella multitud de personas hipócritas que le asisten, ansiando que dé el supremo suspiro para proceder al saqueo general. No le faltan recursos, es cierto, pero necesita cariñosos labios que refresquen con dulces besos el ardor de su calenturienta frente; necesita un brazo amigo que le ayude á incorporarse, un hombro familiar en que poder reclinar su pesada cabeza, frases de consuelo pronunciadas con verdadero afecto. Nada de eso tiene, y entre las sombras de la muerte, que le rodea, ve á su antiguo criado Antonio, también en su lecho de muerte, lecho más humilde que el suyo, estancia más pobre, una misera buhardilla, pero rodeado de su cariñosa y buena hija, de su honrado yerno y de sus lindos nietecillos. ¿Por qué él no los habría tenido? ¡Ah su hija, su hija! ¡Si la tuviese á su lado! ¡Qué feliz sería muriendo en sus brazos! ¡Cuán dulce su agonía si su último suspiro lo exhalase confundido con un beso sobre la frente de su María! Pero ¡morir sólo! ¿Quién cerrará sus ojos? ¡Cuán diferente asistido estaría si tuviese á su hija!... Las lágrimas empañan los ojos del moribundo, las sombras se hacen más densas, un frío glacial invade sus miembros; tiende su última mirada y muere con ella fija en el retrato de su hija María, colocado enfrente de su lecho...

Son las cuatro de la mañana, y al propio tiempo que el anciano entrega su alma á Dios, las religiosas de un convento ofrecen al Señor sus preces matinales. Entre las santas vírgenes descuellan por lo bella *Sor María de la Caridad*, que en el mundo se llamó simplemente María, y mientras que con placida beatitud y apática indiferencia ora en el coro, su padre fallece pensando en ella, por ella abandonado.

¿Será posible, Dios infinito, que los labios de aquella joven sean más santos murmurando rutinarias preces, que ni siquiera entiende, que prestando dulce y filial consuelo á su padre moribundo?

M. V. y G.

MÍSTICA PARDA

EL HERMANO LUCAS

Allá por el año 1729 andaba por Madrid un tipo digno de estudio, que no era cura ni fraile, lego ni ermitaño, ni siquiera cofrade de las infinitas hermandades que en aquella época había de todos los gremios y para todos los gustos. Nadie sabía quién era ni de dónde había venido; se llamaba el *hermano Lucas* á secas y vivía en el Portillo de Embajadores, en una casucha fea, en compañía de una beata de las de saco, cordón de esparto y toca repulgada, que en aquellos tiempos eran una especie de mescolanza de monja y criada; de esta buena mujer solía decir el hermano Lucas en los locutorios de monjas y en los estrados de señoras, que tenía las tres propiedades comunes de las viudas, que eran: el ser gorda, comedora y andadora.

El hermano Lucas vestía de negro, llevaba á la cintura un rosario grande cargado de medallas que metían gran ruido al andar, y pareciendo tonto, sin serlo, acaparaba doblones que era una bendición. Tenía en su casa un altarcito con una imagen del niño Jesús, á quien él llamaba el *Amo mozo*, que era todos los días muy visitada por damas y señoras de alcaldes de corte y oidores del Consejo de Ordenes, que no salían de allí sin echar una moneda de plata en una taza de barro que les presentaba la beata. Desde la pieza que servía de oratorio se veía la cama del hermano Lucas, que era una tarima con una piedra por cabecera, sobre la cual había una calavera coronada de espinas. En la pared había una cruz con este letrero:

El Señor, divina luz,
con una porra ó un mazo
le dió al demonio un porrazo
en el arbol de la Cruz.

El hermano Lucas era muy aficionado á esa poesía especial de los místicos, y solía decir:

En este mundo enemigo
no hay nadie de quien fiar;
cada cual cuide de *sigo*,
yo de *migo* y tú de *tigo*,
y procurarse salvar;
mas si alguno me la hiciese
un cantazo y por detrás.

Aparte de las socaliñas que con el pretexto del *Amo mozo* hacía este vividor, explotaba otro filón, que era un trozo de hueso, una canilla cogida en el pudridero del Hospital General, que él decía era la pierna de San Nicolás. Hacíalo servir con los enfermos á modo de embudo, y por allí les enjaretaba un par de cuartillos de agua milagrosa; si curaban, la limosna era buena; si morían, el hermano Lucas aseguraba que San Nicolás se los llevaba al cielo, y de todos modos no se iba de vacío.

El mundo era un paraíso para el hermano Lucas, si no hubiera querido su mala suerte que cierto día se le antojara ir á ver la procesión de San Isidro á cierta casa de la plazuela de la Cebada, donde concurría lo más granado de la corte en tal día; todas las señoras se despepitaban porque el hermano Lucas se sentara á su lado, pues le tenían por santo, aunque algo simple; él se arrimaba á las más hermosas y ricas y les refería ejemplos del libro *Gritos de las ánimas*. Cuando pasó la procesión se puso al lado de la hija de un corregidor que llamaba la atención por el lujo de su tocado y por sus carnes exuberantes, y, como eran muchas las apreturas, las manos del hermanito se posaron livianamente sobre la joven y no se daban punto de reposo. Como la niña le mirase asombrada, él la tranquilizó diciéndole que aquello era la indulgencia de Santa Agueda y que aplicada por él jamás padecería enfermedades en aquel sitio, y que callase. La escena no pasó desapercibida para un fraile carmelita que no quitaba el ojo del hermano Lucas, y puso en autos al padre de la chica, que era familiar del Santo Oficio.

Terminada la procesión hubo refresco; pero el santo no quiso chocolate, sino una empanada de tocino extremeño y un cuartillo de clarete de Esquivias, y como le rogaran cantase algo devoto, se descolgó por este villancico:

Cuando me desataco
para azotarme
tengo fuerte el espíritu
flaca la carne.
Oigan un primor:
que al subirme las bragas
siento el escozor.

Aquella misma noche el hermano Lucas no durmió en su casa; la Inquisición le llevó á sus cárceles de la calle de Leganitos, le confiscó sus bienes, cosa que no emitía nunca aquel santo tribunal, y montado en un burro recorrió las calles de Madrid recibiendo doscientos azotes. En su casa se hallaron bolsas repletas de oro, infinidad de jamones y chorizos, y en una pieza oculta una hermosa cama con cuatro colchones y sábanas de Cambray. También dentro de una olla se hallaron dos fetos de niño. La beata fué encerrada por cómplice en un monasterio.

FRAY GERUNDIO

GIMNASIA ESPIRITUAL

Alguien creará que eso de oír misa es cosa fácil para todo el mundo, pero ese alguien se equivoca. Es preciso saber todo un curso de gimnasia mística para arrodillarse, levantarse y volverse á arrodillar á tiempo, según lo requieren las circunstancias.

Nuestros abuelos iban á la iglesia, se arrodillaban, y desde el *introito* hasta el *ite misa est* permanecían en la misma postura. Hoy las cosas han variado, y el devoto ó devota que no se agacha y levanta una docena de veces por lo menos durante la misa, pasa por heterodoxo ó por ignorante en materias litúrgicas.

Es preciso permanecer en pie hasta que el cura, después de colocar todos los trebejos sobre el altar, comienza su faena. Entonces abajo todo el mundo. No hay otro remedio.

Y vuelta á levantarse cuando empieza el Evangelio, y vuelta á arrodillarse en el *sanctus*, y arriba otra vez cuando el cura remata la suerte de la comunión; resultando: que se pasa la misa haciendo ejercicios gimnásticos.

Si á esto se añade que hay gentes sencillas que creen más meritorio oír con los brazos abiertos en cruz, y beatas que se arrodillan siete veces para besar el suelo, exhibiendo al creyente que tienen detrás la parte más inferior de la espalda, es cosa de preguntarse:

—¿Esto es una iglesia ó es un gimnasio? ¿Estamos entre curas ó entre volatiles?

APÓLOGO

Sucedió en cierta ocasión que un burro de tomo y lomo apareció, no sé cómo, rebuznando en un balcón.

La gente que contemplaba al asno, se sorprendía, y á milagro atribuía el verlo donde se hallaba.

Pero un hombre de experiencia y de conceptos cabales, que estudia á los animales en el libro de la Ciencia,

dijo al pueblo: «Criaturas, no sorprenderse es prudente, porque hoy es cosa corriente ver asnos en las alturas.

Que ¿cómo suben? No sé; pero por lo que discurro, le tocó el turno á este burro para estar donde se ve.

Cuando en la tierra nativa
reina el ocio y no el trabajo,
verás los sabios... abajo
y los borricos... arriba.

PLUTÓN

LA VENTA DE LOS BUEYES

I

El viejo llegó triste. Al pie del hogar estaba su compañera absorta... meditando.

—Mujer, he perdido la fe... he hablado con todos y nadie me ha escuchado.

Y ella, con voz trémula: «Dime, ¿hablaste al brasileño?»

—Ese fué el primero. Fui á buscarle al hotel, le dije á qué iba y comenzó á bromear... «¿Conque usted quiere *librar* á su chico?... ¡Qué mal hace! Deje ir á cada uno con su suerte y á su destino. Su hijo es un mocetón valiente y muy digno de servir al país...» Y comía... Desatáronse mis ojos y lloré... «Hombre, no sea majadero. El uniforme no es la muerte...» Y siguió diciendo más y más... Cosas de esas que dicen los que no conocen el dolor de unos tristes padres.

Y mientras el viejo dejaba caer en las brasas su vista lacrimosa, la afligida y anhelante voz de la madre volvió á interrogar:

—¿Y el prior?

—Negóse, negóse también...

La angustiada madre retorció su sayo con mano ardorosa y febril.

Entonces, en el silencio de la noche, distinta y claramente, un mujido profundo, un triste gemido resonó, prolongándose por la lúgubre estancia...

El viejo y la mujer miráronse.

Una idea habíale ocurrido á ésta, una idea extraña...

—Tenemos aún los bueyes... ¡Vendámoslos!... Y sonreía... Pero las lágrimas nublaron la triste mirada del viejo...

—¡Vender á los infelices! ¡A unos pobres animales á quienes tan sólo falta el habla para ser cristianos! Parece—decía—que me estalla el corazón en el pecho... ¡Venderlos! ¡Pobrecillos! Pero sea, sin embargo... Sea así... mujer. Hagamos lo que dices.

II

Iba rayando el alba risueña, feliz, virginal como una boda. Con su trémulo trino gorjeaban las aves á porfía por entre las balsas. La noria descansaba.

El labrador en tanto, tembloroso como un enamorado y vacilante como ladrón nocturno, abrió de par en par las puertas del establo. En aquel momento se acercaban á la entrada los bueyes con su mirar bondadoso y leal, con su mirar franco y humano. ¡Qué festiva alegría indicaba el frecuente mover de sus colas resbalando sobre los recios flancos musculosos!

El viejo en otros tiempos tenía al llegar una palabra amiga, un dicho, una canturía á la que respondía un alegre mujido...

En aquella mañana, silencioso ó inexorable como el deber, el viejo buscó en un rincón la correa, y temblando lanzóla sobre las encorvadas astas de los macizos bueyes...

Luego salió con ellos.

En las concavidades de la aldea llovían las alegres canciones de las aves enamoradas.

III

Resuena en los muelles el golpear ruidoso de las fábricas. Discordante y feroz, únese á la voz humana la respiración estrepitosa de los pulmones que agitan á las máquinas inglesas.

Grupos de chimeneas escupen el oscuro y denso humo que ansioso asciende dirigiéndose hacia el claro y amplio azul, exento de tristezas.

Como fenomenal cetáceo, descuella entre otros vapores uno ennegrecido por el carbón, enorme y repulsivo...

En su largo puente la marinería canta y las anclas ascienden y es febril la tarea. En aquella recia nave, un labrador,

desde el muelle, tiene clavado su dolorido mirar... En aquella nave van sus compañeros de trabajo, sus bueyes... Su tesoro va allí conducido...

Y á tan intensa angustia y á tan inenarrable dolor, sólo responde la negligente y helada indiferencia del profundo mar... la negligente y helada indiferencia de los hombres y de los cielos.

A. GONZALVES CRESPO

CASO CORRIENTE

Un antiguo suscriptor de EL MOTIN viene á verme el domingo, para decirme:

—Usted sabe que el clero predica constante y furiosamente contra los bailes, causa y origen de tantas abominaciones y de la perdición de tantas almas. Pues bien: si quiere usted convencerse una vez más de que una cosa es predicar y otra dar trigo, pásele una de estas noches por el distrito de la Latina, donde se están celebrando las fiestas de la Virgen de la Paloma, y verá valladas parte de la Plaza de San Andrés y de los Carros, formando un sólo solar, en el que entra un buen trozo de terreno cercano á la entrada del templo. La música ha sido instalada á tres metros de la puerta, á la derecha, y la tómbola *sacaperras* enfrente y á igual distancia. ¿No le parece á usted que eso es un escándalo?

—Sí, hombre, sí; y hasta una profanación; y si se me apura mucho, hasta un escarnio, sin que por esto deje de ser cosa natural.

—¿Qué dice usted? ¿Natural el que se predique una cosa y se haga otra? ¿Abominación dentro y ayuda fuera?

—Es lo corriente. Ya lo dice el refrán: una cosa es predicar y otra dar trigo. Y diga usted. ¿Sabe si el respetable párroco que consiente que se peque á la puerta de la iglesia ha cedido el terreno, ó lo ha alquilado?

—Lo ignoro.

—Porque en esto pudiera estar el *quid*. El clero, que desprecia los bienes terrenales, no perdona medio ni ocasión de adquirirlos. Esto aparte de que la intención del párroco pudiera ser loable. Supongamos que el importe del alquiler del terreno (si hay alquiler) se emplea en decir misas por los almas del Purgatorio, y que salen unas cuantas. Irán las pobrellas bendiciendo á los bailadores al dirigirse al Cielo, y tal vez cantando esta coplita:

Si el salir del Purgatorio
á los que bailan debemos,
es muy justo que cantemos:
«¡viva el baile y el jolgorio!»

Aquí mi visitante soltó una carcajada, y yo continué:

—Además, querido amigo, hay que juzgar las causas por los efectos. El clero tiene el deber de contribuir á que la cristiandad aumente; y como el baile incita al pecado, y el pecado es procreador, y los seres que vie-

nen al mundo en tierra cristiana necesitan bautizarse, y...

Una nueva carcajada de mi amigo, un fuerte apretón de manos, y...

—Veo que conserva usted todavía su buen humor, me dijo ya en la puerta; que sea por muchos años.

—Y que usted lo vea, amigo. Si no fuera por esto, hace años ya que hubiera tomado el portante, para perder de vista á los necios, los hipócritas y los *vivos* que contribuyen á que prevalezca la mentira sobre la verdad y á que pase por oro el plomo.

El locutorio de monjas

Es, como si dijéramos, la sala de recreo ó la tertulia de las madres y de las beatas que acuden á visitarlas y á murmurar unas y otras de media humanidad.

Hay beata que se dedica á visitar conventos y se pasa el día de uno en otro llevando chismes y cuentos de éste para aquél, cuchicheando contra las Franciscas con las Bernardas, de éstas con las Claras y de éstas con las turbias, etc.

Esta clase de visitas son muy bien recibidas por todas las comunidades, que se despepitan por darle á la de sin hueso á costa de las otras esposas del Señor.

En cuanto llega al locutorio una de esas beatas andariegas bien informadas, todas las monjas acuden á ella como moscas á la miel para asediarla con sus preguntas.

—*Deo gratias*—gruñe la visitante.

—A Dios sean dadas—responde á coro la gente de la casa.—¡Jesús, doña Sinforosa! ¿Qué cara se vende usted por aquí, sabiendo que se la quiere tanto y que estamos siempre deseando verla!

—¿Cómo usted todo lo sabe y nos da tantas noticias!...

—¡Y como nosotras, infelices, estamos aquí como los niños del limbo, y no sabemos nada más que lo que nos refieren las buenas amigas!—Conque díganos, díganos ¿qué hay por ahí? ¿Qué se dice? ¿Qué se cuenta? ¿Qué tal ha estado el triduo de las de San Pascual?

—¿Celebran novena este año las de Santa Catalina?

—¿Sabe usted de qué ha muerto la superiora de las Salesas?

—¿Es verdad que ha dejado usted á las benedictinas, harta de sus impertinencias?

—Tengan calma, madres—responde doña Sinforosa.—Iré por partes, porque me es imposible contestar á todas de una vez. El triduo de San Pascual ha estado muy desanimado: poco gusto en el adorno de las imágenes y los altares.

—¡Siempre tuvieron tan pocol... ¡Son tan *cursis* esas!... ¡Jesús! ¡Si parece que visten á los santos por contrata!

—En cambio, creo que este año habrá en Santa Catalina una gran novena. Costea todas las funciones la marquesa de... Habrá una gran orquesta.

—Claro; á costa ajena ya se puede. ¿Qué suerte tienen! En cambio, de esta comunidad nadie se acuerda. Gracias al padre capellán que nos ayuda con lo poco que recoge entre sus conocimientos. Y á propósito de capellanes, ¿qué ha ocurrido con el de las benedictinas?

—Calle, por Dios, madre!, que á los viejos en todas partes se nos desprecia,

y se procura darnos las mayores molestias posibles para quitarnos de en medio. ¡Pobre señor! Después de cuarenta años de buenos servicios al convento... ¡Y tan buenos como se los prestó en su juventud! Ahora cada día le buscaban una triquiñuela para obligarle á que dimitiese, como al fin lo ha hecho. Lo han reemplazado con otro capellán, joven, andaluz, de quien se dicen tantas cosas... Mas noto que se va haciendo tarde, y aún tengo que visitar á las Mercenarias y á las Jerónimas. Otro día vendré más despacio. Adiós, reverenda madre y querida comunidad.

—Con Dios. No deje usted de venir más á menudo. ¡Cuando usted viene pasamos tan buenos ratos de agradable conversación sin ofender á Dios ni al prójimo!

Miscelánea

Cuando entró en Metz el mariscal La Ferté, fueron á saludarle los judíos, como todos los otros habitantes. Pero él se negó á recibirlos.

—¡Que no vengan aquí esos miserables que crucificaron á mi Dios!, dijo á sus ayudantes.

Los judíos sintieron el desvío, pues además de ofrecerle su adhesión, querían entregarle una importante cantidad de dinero. La Ferté, al enterarse, se dispuso á recibirlos, diciendo:

—¡Que entren esos pobres diablos!... Seguramente no conocieron á Dios, y por eso le crucificaron

EL MOTIN

PERIÓDICO SEMANAL
CON 8 PAGINAS Y CARICATURAS
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en este periódico on el 25 por 100 de rebaja.

Virtudes del clero

JOSE NAKENS

Precio: UNA peseta

CALUMNIAS AL CLERO
MÁS CALUMNIAS AL CLERO
OTRAS CALUMNIAS AL CLERO
NUEVAS CALUMNIAS AL CLERO
Inventadas

por

José Nakens

Precio de cada tomo: DOS pesetas.

TIP. «LA ITALICA», VELARDE, 12, MADRID